



# ESTUDIOS MORALES

## DONDE MENOS SE PIENSA...

Todos cuantos tratamos á R... le reconocemos la cualidad de excéntrico; pero el acto que llevó á cabo á principios del invierno anterior, y que el tiempo se ha encargado de revelar á sus amigos, basta, por sí solo, á acreditarle de tal.

Marchaba R... por una calle excusada á las altas horas de la noche, cuando se le interpone un hombre que, sin otros razonamientos que mostrarle un cuchillo de tres palmos, lo invita á desprenderse de *lo que lleve*.

R... miró tranquilamente á aquel individuo, y le dijo:

—Conozco en tu fisonomía que no eres un perverso, y que este robo que piensas cometer es debido á una necesidad que te aflige.

—Es verdad, responde el pobre diablo dejando caer ambos amenazadores brazos, visiblemente dominado por la perfecta calma de su interlocutor.

—Pues bien: no manches tu desgracia con un feo delito. Yo te salvaré de tu miseria, pero responde á mi desprendimiento con nobleza. Cuarenta duros llevo encima; toma veinte, pero á condicion de que me los has de pagar cuando puedas.

—¡Yo se lo juro á usted! exclamó el agresor, guardando el dinero y la navaja, y marchándose apresurado, como para ocultar su emocion.

R... se sonrió viéndole alejarse; su objeto, que era salvar del trance las alhajas, la vida y lo que pudiera del dinero que llevaba, estaba conseguido. Por lo demás, éste ni ninguno de sus rasgos escéntricos, le hacian tan cándido que creyera recuperar aquella suma que acababa de perder.

—La índole de nuestro pueblo le inclina veces á rasgos muy notables, se dijo; pero ni este tío tiene aspecto de devolver lo que se gane por cualquier medio, ni aunque lo intentara podría encontrarme, no conociéndome mas que por esta entrevista en que ni la oscuridad ni su turbacion le habrán permitido verme siquiera el rostro. En fin, en esta jugada, ambos hemos salido robados.

No tiene fin lo que el suceso que queda referido se comentó y celebró cuando fué del dominio público.

Quien presentaba á R... como un Cincinato; quien le atribuía un corazon de acero.

—Es un redentor, decian unos.

—Es *templao*, añadian otros.

R... dió poca importancia á estas conversaciones, mostrándose indiferente á los elogios y á las sátiras, que tampoco faltaban.

El tiempo trascurrió, y se dió al olvido la anécdota, á lo que no contribuyeron poco las originalidades posteriores de nuestro héroe.

Hace pocas noches nos hallábamos cuatro ó cinco amigos en el café de España.

R... entró como á cosa de las nueve ó nueve y media, y se sentó en nuestro grupo, animándolo con el relato de sus extravagancias y rarezas.

Así transcurrió un buen rato, hasta que ya nos encontrábamos casi solos, cuando un hombre jóven, con el traje peculiar de los obreros modestos, se acercó rápidamente á R..., el cual interrumpió su peroracion, saliendo con el recien llegado á las primeras palabras que éste pronunció á su oído.

El hecho, como se vé, tenía bien poco de extraordinario, y, sin embargo, todos cuantos nos encontrábamos allí reunidos, quedamos suspensos ante la idea que acudió á la mente de cada uno.

R... solia abandonar cualquier tertulia sin despedirse: pero ni esta consideracion ni la de la hora avanzada, movió á ninguno de su asiento.

—A ver si vuelve, nos decíamos á ratos.

Nuestra impaciencia llegaba á su colmo. H... se disponía ya á marcharse, cuando le vimos volver presuroso, exclamando:

—Ahí está.

—Quien ¿él?

—R... en persona.

Con efecto, á poco tomaba su silla nuestro hombre, que venia entre sério y sonriente.

—¿Qué ha sido eso?

—Hombre, un chasco; una verdadera sorpresa.

—Me lo figuré.

—Y yo.

—No se darán dos casos iguales.

—No tenía ese hombre cara de ladrón.

—Y sin embargo, lo era, repuso R...

—Lo era en aquel momento, pero realiza un acto que lo rehabilita.

—¿Que lo sublima!

—¿Quien habia de esperar de un pobre diablo!...

—Eso no lo hace mas que un español.

—Pero ¿qué están Vds. diciendo? interrumpió R...

—¿Qué hemos de decir? ¿Es acaso tan natural lo que acaba de sucederte?

—Pues claro que no. Pero ya que os veo informados ¿qué encontráis en ello de laudable?

—Vamos, tú siempre has de salir con alguna extravagancia. ¿Con que no es laudable que un infeliz que acaso no tenga para comer, busque á un hombre á quien apenas conoce, hasta reintegrarle lo que nadie habria de pedirle, lo que podría ocultar sin conocimiento de nadie, lo que...

—Pero quién me ha devuelto á mí nada?

—¿Como! Ese hombre con quien has salido no es?..

—Un tipo cualquiera que vino á decirme que en Siete Revueltas me esperaba una... conocida mia, y que al llegar cerca del Conventico...

—Te se dió á conocer como el ladrón que...

—Sí, como el ladrón que me iba á dejar sin reló.

—¡Te lo ha robado!!

—No; hace dias que está en sitio seguro.

—En el Monte?...

—De Piedad.

¡Ah, la Providencia!

SANSON.

## X.

## VI

Pocos dias bastaron para que Ernesto dejara conocer el aburrimiento que le ganaba.

Cuando acabábamos de comer, en vez de venir á mi lado, como otras veces, preferia ensimismarse en sus pensamientos, ó bien leer ávidamente en alguna novela recién publicada en Paris, y que cuidaba de hacerse remitir puntualmente, ó bien en algun libro nuevo de táctica militar ó de ensayos ó descubrimientos científicos. Otras veces emprendia una serie de paseos por el corredor, que terminaban momentos antes de acostarse. Por las mañanas se encerraba en su despacho, sin que yo pudiera explicarme qué hacia allí tantas horas: varias veces que me permiti hacerle preguntas me dijo que estaba escribiendo un libro. Con aquella respuesta me di por satisfecha.

Apesar del excesivo cuidado que ponía Ernesto en ocultarme su aburrimiento, lo veía cada vez mas y mas ganado por el fastidio, llegando hasta el extremo de hablarme un dia de su vuelta al servicio.

Aquella idea me horrorizó, y sentí verme en un estado de *grossese* tan avanzada, pues me veía en la imposibilidad de emprender nuevamente la vida animada de nuestra actual sociedad, que solo parece divertirse entre fiestas y saraos; pero dispuesta á sacrificarlo todo por la felicidad de mi esposo, ya que su casa no era suficiente para él, aguardé un momento oportuno y le tuve la siguiente conversacion.

—Dime, Ernesto, ¿no crees que la sociedad pueda murmurar de nuestra rápida desaparicion?

—Murmurar ¿y por qué?

—Porque como ambos nos hemos retraido al mismo tiempo.

—Y hay causa mas natural y legítima?

—Para mí sí, pero no para tí, puesto que yo sola soy la enferma.

—Es verdad, pero yo debo acompañarte.

—Esto es lo que yo temo que no comprendan nuestros amigos, pues no todos sabrán apreciar tu abnegacion y tu cariño por mí, y hasta no faltará alguno que lo haya achacado á economías, en vista de nuestros gastos anteriores.

—Todo pudiera ser, replicó Ernesto, porque el mundo siempre piensa mal; pero no veo el medio de evitarlo.

—Yo sí, mi querido Ernesto; y si tú volvieras á la sociedad y al club, hicieras algunas visitas y te mostraras en el Retiro, seguramente que harías callar mas de una mala lengua.

En los ojos de Ernesto sorprendí un destello de alegría, que cruzó rápido como el relámpago, pero que yo tuve tiempo de notar.

—No es mala idea... pero, dejarte sola, me dijo Ernesto vacilante.

—Sola no, porque está aquí mi madre. Y sobre todo, que tengo un proyecto delicioso. Durante las noches pienso dedicarme á la confeccion de la canastilla para nuestro hijo: en vez de encomendarla á manos mercenarias, he decidido hacerla yo

misma bajo la direccion de un periódico de modas, y así cada prenda tendrá un nuevo valor á mis ojos. ¿Qué te parece?

—Oh! eres un ángel. Has pensado perfectamente, y te felicito por tu idea. Yo me encargo de la parte mas aburrida y fastidiosa de nuestra nueva vida, como son las visitas, y tú de la mas agradable y sedentaria, de vestir á nuestra niña.

—A nuestra niña... ¿y tú qué sabes si será un niño?

—Es que yo quiero que sea una Mariquita, tan linda y tan buena como su madre.

—Pues está V. muy equivocado, porque será un Ernestin, tan arrogante y bravo como su padre.

Ernesto se sonrió, y mirándome con sus hermosos ojos negros, se acercó á mí, y besándome en la frente, me dijo:

—Gitanilla!

Nada hace tan feliz á un hombre como la realizacion de su deseo: en aquel momento me queria Ernesto diez veces mas que la noche anterior. ¿Seria que su amor habia disminuido? No, no podia creerlo: era que Ernesto, como todos los hombres, es un poquito egoista, y al verse satisfecho en sus deseos, especialmente, creyendo haber procedido con una perspicacia admirable, sentia gratitud por la muger á quien creia engañar. ¡Pobre humanidad!—Como se jactaría el bueno de Ernesto allá en el fondo de su alma, de su habilidad y diplomacia, por haber realizado sus deseos sin que yo me apercibiera.

Afortunadamente, por mucho que sepa un hombre, sabrá siempre mas, pero mucho mas, una muger.

MARIA DE LA PAZ.

## CANTARES

No te alejes, te lo pido  
por todo lo mas sagrado,  
que sin tabla que me salve  
cierto será mi naufragio.

Por tu causa me han herido  
al lado del corazón,  
pero los celos me han hecho  
herida mucho mayor.

Si beso tu blanca mano  
su frialdad mi fuego exalta,  
que á veces la nieve suele  
encender fuego en el alma.

Te empeñas en que yo cante  
sin mirar mis sufrimientos,  
mi canto será el del cisne,  
que está cantando y muriendo.

OSICRAN.

1878

## PRECOCIDAD



EN LA ESTRELLA

—Pero, niña, ¿por qué te encierras y nos dejas fuera?  
—Porque vamos á bañarnos Luisito y yo solos.

## LOS CUADROS DE FROLIN

Recuerdo que fué por la mañana, despues de un baile de máscaras, cuando conocí á Gustavo Frolin. Un amigo de ambos nos presentó mutuamente, y pronto liamos conversacion: entonces supe que era pintor, y que andaba por Madrid buscando gloria y fortuna, sin encontrar ni la una ni la otra. Afortunadamente su padre era rico y le pasaba una mensualidad para atender á sus gastos.

Intimamos y mas de una noche corrimos ambos de café en café, y de *restaurant* en *restaurant* en busca de ciertas aventuras.

Desde entonces nos veíamos con bastante frecuencia, por lo que me extrañó verlo desaparecer por algun tiempo. Un día que me lo encontré por la mañana muy temprano, le pregunté qué era de su vida, á lo que me contestó:

—Estoy trabajando en un cuadro para lo próxima exposicion.

Dejamos de vernos por algunos meses, y al cabo de este tiempo me lo encontré de nuevo.

—Me alegro de encontraros, exclamó; vais á visitar mi estudio; y como yo me escusára con una ocupacion perentoria, insistió diciendo:

—Está á dos pasos. Venid y vereis un paisaje que estoy haciendo.

Me convenció y me fui con él. Subimos á un sexto piso. Frolin abrió una puerta y nos encontramos en un vasto y elegante estudio. Despues de enseñarme una gran cantidad de objetos curiosos, como sables, pistolas, yataganes, telas y porcelanas de la China, cascós, etc., etc., y despues de haberme hecho beber un vaso de *kirsch*, que segun mi amigo venia de la Selva Negra, directamente, me enseñó un lienzo, en que se veian los primeros toques de un paisaje.

—Hé aquí mi obra maestra, dijo sonriendo; y como quiera que me viese estudiar el cuadro sin comprenderlo, continuó diciendo:

—Es una puesta del sol en Aranjuez. En el fondo, á la izquierda, una gran masa de árboles: en primer término un lago azul. A la derecha una estensa pradera, donde pastan algunos animales, y al fondo una série de colinas, tras la cual se oculta el sol tranquila y magestuosamente. Cada día me voy convenciendo mas y mas de que he nacido paisagista...

Y cuando me despedia de él, me dijo:

—Venid dentro de ocho dias: ya habré concluido mi cuadro, y entonces podreis apreciarlo.

Así se lo prometí; y en efecto, á los ocho dias me presentaba en su estudio.

Encontré á mi amigo delante de un caballete trabajando con entusiasmo.

—Y bien, querido amigo, cómo vá vuestro paisaje?

—Mi paisaje? me dijo Frolin sorprendido; qué paisaje?

—El que estábais pintando para la próxima exposicion.

Por toda respuesta me enseñó su lienzo. Yo me

quedé estático; en lugar de un paisaje me encontré con una marina.

—¿Qué quiere V. mi amigo? me dijo, he cambiado de opinion. Decididamente yo no sirvo para el paisaje; he reflexionado detenidamente y creo que es mucho mejor exponer una marina.

Y Frolin se puso á explicarme su pensamiento. La mar estaría airada; á la derecha rocas contra las cuales se estrellarían las espumosas olas: en medio de la tormenta una frágil embarcacion en la que se encuentra una muger con un niño de pecho, mientras que un rudo marino, de enérgica mirada, rema con todas sus fuerzas para ganar el puerto.

—Esto es lo que convenia á mi genio: ya he encontrado mi verdadera inspiracion. Venid dentro de ocho dias y vereis mi cuadro casi terminado.

Yo comenzaba á dudar de su genio, y así fué que apenas trascurió la semana me fui de nuevo al estudio de Gustavo. Cuál no sería mi sorpresa, viendo al pintor trabajando en un cuadro de género.

—Querido amigo, me dijo Frolin: estoy seguro que me vá usted á encontrar un poco versatil, pero he reflexionado mucho durante dos dias y me he convencido de que yo no soy *marino*. Y sobre todo que lo que hoy priva y hoy se paga es la pintura de género.

Ved, continuó diciendo con su natural verbosidad, ¿conoce V. nada mas ingenioso ni nuevo que el motivo de este cuadro? Una muger, jóven y guapa, se halla sentada indolentemente en su gabinete; su mirada es triste y sus labios dibujan una sonrisa. El suelo está lleno de pequeños pedacitos de papel, que denuncian la existencia de una carta de amor.

Y como yo me sonriera.

—Querido amigo, me dijo Gustavo, no se ria usted: hay cuadros de estos que valen seis y ocho mil reales. Ya, ya vereis lo que vá á ser mi cuadro: venios el lunes próximo y entonces hablaremos.

Me prometí volver el lunes inmediato, y en efecto volví.

Me encontré á Gustavo en compañía de un amigo, á quien retrataba.

—Presento á V., me dijo en cuanto me vió, á mi amigo N... cuyo retrato hago para la exposicion.

—Y el cuadro de género? pregunté sonriendo.

—Pisch, lo he abandonado. Era muy pretencioso. Y sobre todo, vea V., nada vale lo que un retrato. Dentro de ocho dias habré terminado éste, y entonces verá V. cosa buena.

Pasaron ocho dias y fui á ver á Frolin.

—Vamos, habeis mandado ya el retrato?

—No, todavia no, me dijo con indolencia.

—Y por qué?

—Porque yo me conozco: yo no sirvo para el retrato.

Entonces me espliqué por qué mi amigo Gustavo Frolin no habia ganado nunca dos reales con su trabajo.

Quince años llevaba en Madrid, y jamás habia conseguido fijarse sobre un género determinado.

Y sin embargo, no queria abandonar los pinceles.

MAZOURKA.

## MODAS

### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO,

repartido con el núm. 17

#### TRAJES DE BAILE PARA CASINO

1.º *Vestido princesa en faya azul pálido.*—El bajo del delantal vá guarnecido de un *coulissé* de color apropiado, y de un volante plegado que rodea toda la cola. Una banda de faya drapeada al biés va sobre la parte *coulissé*: los bordes están guarnecidos de un bordado, con margaritas y una franja de seda verde. El punto de partida de esta banda va disimulado, en el costado derecho, por un envés bordado de margaritas, todo el largo de la costura. Los drapeados de la echarpe se pierden por detrás, bajo la espalda: la misma guarnicion de margaritas y franjas encuadra el delantero *coulissé*, y contornea la cola por cima del plisé. Una sola línea de la misma guarnicion forma una prolongada V sobre el cuerpo, por delante y por detrás, pasando sobre los hombros. Plegados de cendal blanco de seda interior, asomando ligeramente sobre el escote. El peinado con adorno de margaritas. Zapatos formando juego con el traje. Guantes de malla, prolongados. Alhajas á voluntad.

1.º *Vestido princesa faya y gasa rosa.* Sumamente ceñido, formando funda, anudado por la espalda, y rodeado de una echarpe de gasa rosa, sostenida por detrás. Esta echarpe disimula el plisé de una túnica de gasa rosa, que se desenvuelve en múltiples drapeados, sostenida de trecho en trecho sobre la falda. Una guirnalda de flores de eglantina ó zarza rosa, viene desde atrás y sostenida á la echarpe, bordando los drapeados de la túnica. En el costado izquierdo se encuentra sostenida por el nudo de un gran lazo rosa y blanco. Berta de gasa al rededor del escote, con flores iguales á la guarnicion del vestido. Plegados de cendal en el escote y en las mangas. Flores iguales en la cabeza. Zapatos de seda blancos ó rosa. Un solo pulseron en el brazo izquierdo. (1).

GOUBAUD & FILS.

Paris 23 Agosto 1871.

### CÓMO ESTARÍA...?

El domingo último dispuse comer en el *restaurant* X... despues de los toros.

Apenas terminada la corrida me dirigí á dicho establecimiento acompañado de mi amigo C., al cual habia convidado, prometiéndole un opiparo banquete.

Entre otros platos nos sirvieron un pescado, que olía... á tres leguas de distancia.

Mi amigo C... llamó al mozo,

—Angel ..

—Señor.

—Este pescado no es fresco.

—A quién se lo cuenta V... Yo no he querido comerlo esta mañana; dijo Angel muy tranquilo.

PEPIN.

(1) Las suscriptoras que deseen adquirir los patrones *en inglés* de este y los demás figurines que publicaremos en lo sucesivo, pueden pedirlos en la administración de este periódico, al precio de 25 rs.

## RECUERDOS DEL CARNAVAL

Solo quince días faltaban para el Domingo de Carnaval de 1876.

Yo era en aquel tiempo sumamente feliz; tenia dinero de sobra, una salud inmejorable, una escasez completa de *ingleses*, y sobre todo, una novia muy bonita, muy jóven, muy cariñosa, y á quien queria poco á pesar de lo mucho que la queria, en comparacion de lo que se merecia.

El día en que mi aventura empieza, habia ido á visitar por la mañana á cierta respetable señora, llamada doña Magdalena, visita de la que no podia escusarme por diversos motivos, que no son de este lugar, y que muy poco, ó nada mejor dicho, interesarían á mis lectores.

Sea bastante el decir que llegué á la casa mencionada, y que en ella encontré á dos sobrinas tuyas tan antipáticas como su bondadosa tia y á quienes profesaba un odio á muerte, á causa de ciertas malas partidas que en distintas ocasiones habian querido jugarme.

Pepita, que así se llama la mayor de ellas, respetable jamona de treinta y tantos años, y que es tan horrorosa como *cursi*, principió á decirme que estaba aburrida en extremo y que no tenia mas esperanza de diversion que los bailes de máscaras del Liceo, el primero de los cuales tendria lugar en la noche del día á que me refiero. Me preguntó si pensaba asistir, y al contestarle negativamente, me pintó con tan lindos colores el futuro baile que engendró en mí el deseo de concurrir á él y de pasar el rato de lo mejor posible.

Al salir de casa de doña Magdalena encontré á varios amigos, de esos tantos *gommeux* que abundan en Málaga; estos venian hablando tambien del baile, y al saber mi determinacion de no ir me dieron una *carga* soberana, epigramatizándome por mi constancia, lo que dió por resultado el decidirme á concurrir á la fiesta y á jugar el todo por el todo.

A las once penetraba en el Liceo y pocos instantes despues bailé una polka y dos rigodones con lindas amigas mías, á quienes conocí apesar de sus disfraces, mas ó menos exagerados, y cuando al acabar el primer rigodon volvia de dejar á mi pareja en su respectivo sitio, sentí que una mano se apoyaba en mi hombro y que una dulce voz murmuraba á mi oido:

—Pepe ¿cuándo te casas?

A tan alarmantes frases, pues en verdad es alarmante el hablar de casamiento en un baile de máscaras, me estremecí involuntariamente y volví el rostro hácia el lado de donde la voz provenia.

Entonces pude mirar junto á mí una máscara vestida de negro y con un cuerpo tan elegante y seductor que me hizo temblar y causó en mi alma, no acostumbrada á esta clase de emociones, una indescriptible impresion. Una de las torneadas manos de la enlutada, cubierta con ajustado guante blanco, se apoyaba en mi hombro y sus ojos negros se fijaron en mis pupilas con marcada insistencia.

—¡Pícaro! ¿cómo es que vienes al baile y te olvidas de tu novia?—me dijo.

—Vengo con su consentimiento—le repliqué.

—¡Bueno estais los hombres todos!

—¡Pues nó que las mujeres!

Y cogidos del brazo dimos comienzo á un animado diálogo, que se sostenía con la mayor animación por ambas partes beligerantes.

Su conversacion era discreta, sus modales finos y sus bromas acertadas y prudentes; todo lo cual excitaba mi curiosidad, sin que apesar de mis esfuerzos, lograrse conocer á la encantadora ninfa que me cautivaba.

Dieron las cuatro de la madrugada, y cuando mi entusiasmo iba *in crescendo*, la desconocida se retiró en compañía de otras máscaras, sin haberse dado á conocer, pero ¡oh dicha! me citó para el próximo baile, ó mas propiamente dicho, me ofreció acudir á la cita que yo le propuse.

El ansiado baile llegó, y á poco de haber dado principio, se acercó á mí la misteriosa máscara disfrazada entonces con un dominó azul y cubriendo sus facciones con un antifaz negro.

Durante los días que habian mediado entre uno y otro baile, el recuerdo de aquella mujer habia sido mi continuo pensamiento, y cuando de nuevo volví á verla, sin darme cuenta de lo que hacia y llevado por un misterioso é irresistible impulso le declaré mi amor; le dije que sin su cariño la vida me sería insoportable, y un millon de cosas por el estilo y que tal vez me eran inspiradas por una copa de espumoso *champagne*, unido á la entusiasmadora brillantez de aquellos dos ojos negros como la noche.

La máscara al oirme disparatar de aquel modo quiso alejarse, echándose en cara al mismo tiempo la infidelidad que cometiendo estaba; pero yo sordo á sus palabras y olvidando mi antigua pasión, le rogué con lágrimas en la voz que permaneciese á mi lado y llegué hasta jurarle un eterno cariño.

En esto, otra mascarita nos interrumpió y llamando aparte á la que conmigo estaba, salieron juntas del salon, en donde no volví á verlas en toda la noche, y de donde salí desesperado, muy cerca de las seis de la mañana.

Al día siguiente, y cuando casi olvidado de aquella aventura, que conceptuaba como un sueño, fui á ver á mi novia, me encontré con la ventana cerrada á piedra y lodo. Hice la señal convenida y esperé un rato, y poco despues se abria la reja. Avanzó un bulto y al darme las buenas noches estrañé la voz.

—Tu no eres A...? exclamé alarmado.

—No, señor.

—Y entonces por qué baja V. á hablar conmigo?

—Porque yo soy su novia del Liceo.

—Mi novia del Liceo?... exclamé, y un sudor frío inundaba mi cuerpo, porque comprendia que todo estaba descubierto. Sin embargo, hice un esfuerzo para serenarme; saqué un cigarro, y lo encendí: á la luz del fósforo conocí á la doncella de mi amada. Todo lo comprendí, y viéndome providencialmente castigado salí huyendo.

Desde entonces me juré no engañar jamás á mis novias.

29—8—78.

ZALD.

## COSAS DEL MUNDO

### I

Murió el pobre Ramon, y ante su lecho vertiendo tristes lágrimas, su hijo Agustin en su dolor profundo morir tras de su padre deseaba. Blasfemó de su Dios y aun de la hora en que al mundo le trajo su desgracia, y al lado del cadáver, sin moverse, le sorprendió la luz de la mañana.

### II

Un año solamente transcurrido el hijo menos triste se encontraba, ya podia conversar con los amigos y visitar de nuevo á su adorada. Y cuentan que á su lado, sonriente exclamó al contemplar ventura tanta: —¡Bendita sea la vida! ¡Que horrorosa debe la muerte ser para el que ama!

### III

¡Cuantos hay como el jóven de mi historia, que llevados tal vez por fuerza extraña, hoy la vida aborrecen y en su empeño con nuevo impulso la querrán mañana!

Málaga, 1878.

ALLOCSOC.

## PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

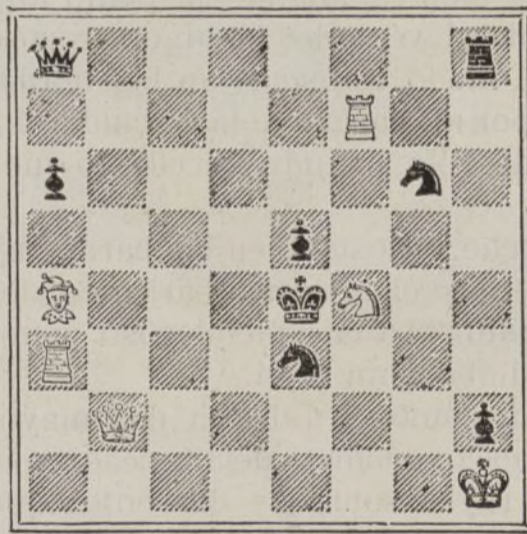
CARIÑO.

## AJEDRÉZ

Problema número 7.

Por M. A. Cyril Pearson, de Oxford.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en tres jugadas.

## SOLUCIONES

Al problema número 6.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-D 2 R

1-cualquiera.

2-D mate.

## AUREA

NOVELA POR C.

(Continuacion)

## VIII

Toda ella la pasamos descansando en nuestros no muy blandos pero sí elevados lechos, y el ruido matinal de la madrugadora gente del campo, nos hizo levantar apenas el sol doraba las altas cumbres de la sierra. Todos aparecimos en el comedor, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, y después de tomar chocolate, emprendimos nuevamente nuestra caminata, sin incidente notable que digno de mencion sea, llegando á Ronda algunas horas después, y de seguida á nuestra humilde, pero alegre casita, que agradó en extremo á mis amigas.

Yo me habia reservado para mí una habitacion en la única fonda que entonces habia, la cual estaba muy próxima á la casa que ellas iban á ocupar.

La madre de Aurea quiso al principio que yo viviera con ellas, pero me negué con insistencia, y la madre cedió. Nuestras separaciones habian de ser muy breves, puesto que el día lo pasaríamos siempre juntos.

## IX

No mortificaré tu atencion,—siguió diciendo mi amigo Eduardo, después de una breve pausa,—con un minucioso relato de nuestra estancia en Ronda. Baste decirte que nuestra vida se redujo á algunas visitas, aunque pocas; largos paseos por mañana y tarde, y alguna que otra tertulia, á que fuimos invitados; pues el carácter hospitalario de los habitantes de tan bella y aristocrática ciudad no permitia quedásemos relegados en sus diversiones. Las noches las pasábamos, por lo general, reunidos en casa de Aurea, bien conversando de multitud de asuntos, bien estudiando al piano alguna pieza nueva, ó bien leyéndoles yo algun trozo de novela.

De este modo transcurrían las horas, sin otra ambicion por mi parte que la de cuidar á Aurea con el mayor desvelo, cuando sucedió lo que voy á referir.

Una noche, recostado en las barandas del puente que dá sobre el histórico barranco denominado *El Tajo*, admiraba el esplendoroso panorama que se desarrollaba á mi vista.

La luna, como si quisiera dar mayor realce á tan pintoresco cuadro, dejaba caer melancólicamente sus rayos sobre las diferentes quebraduras de la roca, semeando hebras de pulida plata, y haciendo resaltar mas y mas la imponente hermosura de aquel agreste sitio, que puede asegurarse, sin vanidad de español, que no tiene semejante en el mundo.

El piano de Aurea me enviaba tenuamente sus acordes, viniendo á aumentar el encanto á que me hallaba sugeto.

Aurea preludiaba una de las mas bellas melodias

de Gounod, *Le Soir*; ese trozo maestro de música que tan directamente habla al alma. Su voz argentina vino á unirse al piano, y poco después oia esta frase:

Réponds, mon cœur, réponds,  
quand je mourrai pour lui ..

¡Que impresion tan profunda causó en mi ánimo aquel canto!

Conociendo como yo conocia la enfermedad inícuca que minaba su existencia; previendo como yo previa el horrible fin que habian de tener sus padecimientos, me parecia que instintivamente y sin darse siquiera cuenta de ello, se despedia de este mundo, legándonos su último recuerdo, enviándonos su postrera voluntad.

Al brotar esta idea en mi mente, me sentí presa de una congoja mortal.

En aquel momento comprendí todo lo que pasaba en mi alma: la amaba!

Aquella tierna simpatía de los primeros momentos habia echado tan profundas raíces en mi corazón, que embargando todo mi ser, se mostraba hoy como una pasión ardiente, inestinguible!

Su voz habia hablado á mi alma, y mi alma le habia respondido.

Arranqueme bruscamente del sitio donde soñaba despierto, y corrí en busca de Aurea.

## X

Cuando entré en el salon, la hallé sentada al piano, con la cabeza inclinada atrás, los ojos medio cerrados, y repitiendo en voz baja los últimos versos de su cancion.

Réponds, mon cœur, réponds,  
quand je mourrai pour lui...

Sus manos trémulas apenas si herian el teclado. Me acerqué á ella lentamente, y la ví llorar.

—Aurea! exclamé conmovido, por qué esas lágrimas?

—Ah! Eduardo, perdóneme V.; soy una niña, lo conozco; pero me siento desfallecer. Al verme presa de esta terrible enfermedad que lentamente consume mi existencia, decae mi valor, y si no fuera por mi madre, por ese santo ángel de abnegacion que tanto se desvela en mi cuidado, ¿qué seria de mí en la tierra? ¿qué aspiraciones puedo abrigar?—Mi ilusion ha terminado.

—¿Que sus ilusiones han terminado? le dije con vehemencia; pues qué, ¿acaso no puede V. aspirar al amor, á ese santo amor que hace de la vida un paraíso, ó es que lleva V. su escepticismo hasta el extremo de dudar de todo?

—No no soy escéptica; bien lo sabe Dios, me dijo; creo en el amor, pero ¿quien ha de amar á una muger consumida por la tisis?

—¿Quién? exclamé—yo! Yo que la amo á V. hace tiempo, y que daria mi vida entera por ahorrarle esas amargas lágrimas. Créame V., Aurea, deseché tan lúgubres pensamientos, y confíese en un todo á mi amor, que la volverá su tranquilidad perdida.

(Continuará).



1564<sup>es</sup> Jules David

A. Leroy imp. r. des Marais 66.

P. Carlier

A. J. Goubaud & Fils Ed<sup>rs</sup> Paris.

# MALAGA

## SEMANARIO ILUSTRADO

